

parte, Nerval se halla cerca de los románticos y, por la otra, cerca del poeta de las *Flores del Mal*. Apenas un matiz—¡y tan sutil!—, pero un matiz que basta, como una lucecita en la noche, para guiarnos a través de las oscuras selvas, en donde se diría que el infortunado Gerard gustó siempre de darse miedo él mismo. Un poder oscuro lo atraía, y reteníalo allí. ¿Qué hacía él sobre la tierra? ¿Qué compromiso lo mantenía aquí, entre el sueño y la locura? ¿Pasó su existencia acaso en el mismo estado de espíritu de uno de esos viajeros que en ningún lugar se sienten en su patria? Se diría que su misión consistía en comunicar a todas las cosas un aspecto de extrañeza, de incertidumbre... “Se han dispersado por el mundo”. ¡Esta sola frase nos dice tanto sobre él y sobre su obra! La fría melancolía que se desprende de esta frase ha evocado siempre en mí la que se respira en algunas mansiones abandonadas, en las que entramos acaso en el curso de un paseo. Tal vez hemos penetrado por un muro caído del parque, o a través de una ventana ya sin puertas. El papel tapiz de los cuartos conserva vagamente, en algunos sitios, la huella de un mueble o de un cuadro que le ha impedido desteñirse allí como en el resto de la habitación. Pero el techo se halla hundido. Y la humedad que, poco a poco, ha ido infiltrándose por todas partes ha hecho combar las ruedas del salón, los artesanos..., ha hecho caerse la pintura y atacado a tal punto las puertas, que algunas ya no podemos abrirlas, quizá para añadir a la desolación, la vaguedad de un secreto más, o tal vez, de un misterio, del cual nadie ha de llegar a alcanzar nunca la inútil y vacía profundidad.

Como diría Jammes:

*Jusqu'à cette fenêtre que nous avons ouverte,
En attirant du bois pourri le fil de fer...*
(Nouvelles Littéraires. Paris).

Contestación a Ferrara

Por JUAN MARINELLO

EN el *Heraldo Liberal* de 19 de abril se publican, a todo honor, unas palabras de mi discurso de apertura en el pasado Congreso Nacional de Escritores y Artistas de México. En número posterior del mismo periódico, el señor Orestes Ferrara comenta y utiliza tan hábil como torcidamente mis palabras. Aunque cada día creo menos en la eficacia de las polémicas periodísticas, parece obligado en el presente contestar al señor Ferrara. No por él, sino por los que, menos duchos que él en el juego de las palabras, pueden desorientarse por sus ligeras aseveraciones. El caso que nos ocupa es, por otra parte, tan sencillo y claro que bastarán brevísimas precisiones.

El sentido de mis palabras en la apertura del Congreso de la LE-AR, no da lugar a dudas y

sólo el crónico maquiavelismo del Canciller machadista pudo mudarlos en su provecho. Dije en síntesis en aquella preciosa ocasión —y ahí está el número 8 de *Mediodía* donde se reproduce mi discurso en su integridad—, que, en momentos en que la reacción se integra en frentes fascistas, podían y debían entenderse el comunista de partido y el liberal ortodoxo porque uno y otro querían, por caminos diversos, la igualdad entre los hombres, al paso que el fascista pretende el mantenimiento de las viejas desigualdades. No hay que decir que me refería al liberal en el sentido recto, universal, científico, de la palabra, es decir, al devoto de la democracia tradicional, al que quiere el respeto absoluto a la opinión de todos, al que trabaja sinceramente por el advenimiento de la igualdad sin querer mudar por la raíz, como el marxista, la organización económica del mundo.

El señor Ferrara, como de costumbre, toma las palabras por los cabellos de su interés: Y da por consabido que el liberalismo a que me refiero es el del Partido Liberal cubano. Cosa imposible y atribución peregrina porque el tal Partido, que tuvo y tiene a Ferrara como máximo orientador, ha sido en la realidad —y de realidades hablamos—, la más flagrante contradicción del liberalismo verdadero. El liberalismo es, como escuela política, el respeto al criterio honesto de todos los hombres y el Partido Liberal, que fue gobierno con Machado y con Ferrara, fue la intolerancia consumada. El liberalismo verdadero es la atención de lo legal, de la norma que los hombres se han dado para una convivencia civilizada. Y el Partido Liberal, gobierno con Ferrara y con Machado, fue la transgresión sistemática y arbitraria de la Ley. El liberalismo significa el respeto a la vida y el gobierno *liberal* de Machado y de Ferrara significó el desprecio por la existencia humana. Sabe bien el señor Ferrara que no estoy hablando de conceptos discutibles, sino de hechos sin discusión. Siendo el señor Ferrara Embajador de Machado en Washington, fuimos sometidos a prisión por largo tiempo millares de cubanos sin que en ningún momento se nos dijera, de acuerdo con la norma liberal y democrática, a qué obedecía aquella cruel limitación de nuestros derechos. ¿Era aquello liberalismo? Sabe también el señor Ferrara que la razón para nuestro encarcelamiento, la del mío al menos, no fue otra que la de haber dicho —de acuerdo con las franquicias liberales—, en artículos y discursos lo que pensábamos honradamente sobre el momento político de nuestra tierra, sin que cayéramos en caso alguno “dentro de las responsabilidades judiciales”. Siendo el señor Ferrara Secretario de Estado del gobierno *liberal* de Gerardo Machado me vi forzado, como otros cubanos numerosos, a salir de Cuba por que el atentado contra nuestras vidas estaba decidido *liberalmente* por el gobierno de los señores Machado y Ferrara. ¿Es este liberalismo?

El señor Ferrara no es hombre indocto en estas cuestiones. Recordaré siempre aquellas lecciones de Derecho Político que nos ofrecía en los días universitarios, lecciones taradas, como todo lo suyo, de ademán espectacular, pero revela-

doras, hay que decirlo, de una buena formación europea. Por saber de estas cosas sabe como yo el señor Ferrara que la democracia y el liberalismo no surgen milagrosamente de la cabeza de ninguna Minerva tropical, sino que son el producto de una realidad económica específica y que en tierra de economía colonizada como Cuba, no hay más que un modo de traer la democracia: echando abajo relaciones esclavistas que lo impiden, relaciones que la organización económica impone. En una colectividad como la cubana, pues, no hay más que un modo cierto de servir la democracia: luchando por la transformación de la economía en bien de las masas trabajadoras cubanas. No hay más que dos caminos: o ponerse junto al pueblo, que ya sabe, por suerte, que su beneficio vendrá del rompimiento de la colonia de ahora, o ponerse al lado de quienes, representantes del capitalismo financiero estadounidense, alejan la posibilidad democrática que conspira contra la labor opresiva de ese capitalismo. Hace dos semanas decía yo al compañero Bliven, editor de *The New Republic*, que nuestras tierras hispano-americanas estaban conociendo las peores dictaduras imaginables—Machado, Ubico, Hernández Martínez, Carías, Vargas, Terra, López Contreras, Justo...—porque en momentos críticos para un sistema económico acuden éstas a medidas de imprevisible agresión, de franca inhumanidad teniendo que usar por fuerza agentes nacionales de la peor calidad. El eclipse total de la democracia, llega, por ello, en estas ocasiones.

No caben entendimientos entre los que ayer y hay pugnamos por la democracia al luchar contra el imperialismo y el *liberalismo* cubano, sus naturales enemigos, y los que, como el señor Ferrara, fueron siempre abogados de las grandes empresas yanquis y consejeros eminentes de la dictadura cubana, fidelísima servidora de esas empresas. El señor Ferrara promete al pueblo de Cuba "hacer todos los esfuerzos en una obra de felicidad general". Cuando tuvo en su mano los más poderosos resortes hizo todo lo posible porque esa felicidad no llegara. ¿Puede esperarse que nuestro pueblo, que es olvidadizo, pero no tanto, prefiera a los correligionarios del señor Ferrara que nada hicieron cuando podían por libertarlo, a los que antes de ahora han estado desinteresadamente al servicio del pueblo? Es una cosa terrible, lo comprendemos, que la realidad sea en efecto tan terca, como dicen los ingleses.

El señor Ferrara cree estar limpio de toda culpa en su labor política cubana. Si él, culto, rico, talentoso y perspicaz se ha puesto siempre junto al *liberalismo* esclavizador de su gran amigo Gerardo Machado y contra el *liberalismo* verdadero que no ha gozado pero que ansía enérgicamente la masa cubana, si el señor Ferrara no es culpable, ¿quién lo será? Es cierto que, "sin mirar a los hombres, sin adorar fetiches nuevos o viejos", precisa en Cuba como nunca la unificación para la libertad y que los credos políticos que miran a la igualdad del hombre deben entenderse y trabajar juntos. Eso dijimos y eso quisimos desde la tribuna en que nos puso la generosidad ilimitada de los artistas mexicanos. Eso seguimos

queriendo. Que es lo mismo que estar radicalmente contra los que siguen jugando con las palabras en su beneficio, porque para ellos las palabras *liberalismo*, *democracia* y *libertad*, fueron banderas excelentes para cubrir la mercadería de su propósito verdadero: servir a los que, yanquis o cubanos, trabajaron uno y otro día por el privilegio y la esclavitud.

(De "Repertorio Americano").

Jorge Isaacs y su María

(ABRIL DE 1837 - - - ABRIL DE 1937)

Por AUGUSTO ARIAS

Un libro que dura

HEMOS vuelto a leer *María*, en cuyas páginas alentara, en otro tiempo, esa infantil curiosidad que se doraba ya con un inquieto alborar de adolescencia. *María* es un libro que se abrió en una primavera pudorosa y en su terso capitulario es fama que han quedado, como el resumen de una sentimental admiración, las lágrimas de los amantes puros. La prestigia un largo ayer y las horas actuales removerán su recuerdo, como para que busquemos la razón de perdurar de aquel libro, que en una época fuera devorado con idéntica pasión a la que inspiraran el *Werther*, *Atala*, *Romeo y Julieta*...

María es un romance de amor desarrollado en largo trecho que sirve, no obstante, para la expresión de una dicha efímera, acechada por el presentimiento. Un lector de nuestros días, se fatigará sin duda de la minucia destejida con lentitudes nimias y el decurso pausado y casi langoroso del relato, parecerá de lengua monotonía, pero hay que retrotraer aquellos instantes en los cuales la vida, lejos de nuestra aviónica existencia, pretendía desenvolverse en la quietud de un remanso y para la cual valían los detalles en una medida que acaso no acertarían a sentir los hombres de ahora. Su complicado argumento es el de un amor que florece en los años de infancia, que se desarrolla nimbado de una candorosa gracia y que se destina, sin embargo, a desaparecer con la muerte. Poema sobre todo, de hallarlo primero en la frescura del idilio, de seguirlo a poco, en los altos montañeses del romance de cacería y de buscarlo, después, en el tremor élego, cuando el imposible físico agita en el ausente y en la que ha debido quedarse para esperarlo, cierta especie de angustia metafísica que se resuelve en el libro con el delicado toque de los estados de ánimo, logro feliz de las mejores obras del romanticismo. Isaacs mismo definió el poema, al decir de su pasión frustrada, en el soliloquio de Efraín: "diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza e interrumpido por la muerte".

Obstinada repetición la de intentar un recuerdo minucioso del asunto de libro tan releído y repasado. En sus hojas, como en las de pocos volúmenes, la mano asidua ha dejado su huella y